

SERMON

PARA EL DIA DE LA CONVERSION
de San Pablo.

*Et ille ego sum Jesus quem tu persequeris. . . . Et
timens atque stupens dixit: Domine, ¿quid me
vis facere? Actor. cap. 9.*

El Señor le dixo: yo soy Jesus à quien tú persigues:
entonces asustado, y temblando respondió: Se-
ñor, ¿qué quereis que haga? En la Epistola de
este dia.

¿**Q**ué espectáculo ofrece, Catolicos, à los ojos
de nuestra fé la Conversion de San Pablo?
Por una parte veo à un Dios, que parece
baxa desde el Trono de su Gloria à buscar à un pe-
cador que le persigue, por otra veo à este mismo pe-
cador, que en medio de los mayores excesos de su
fúror se muda, y reconoce humildemente à su Dios:
Jesu-Christo lleno de bondad, en vez de vengarse
del perseguidor, se quexa amorosamente à él mis-
mo: *Ego sum Jesus quem tu persequeris*: Saulo,
confuso, y humilde, junta todas sus fuerzas para
confesar el sagrado nombre, que antes perseguia,
movido de un falso zelo: *Domine, ¿quid me vis
facere?*

Pero por mas admirable que parezca la condes-
cendencia del Salyador, tan indignamente ofendi-
do,

do, y la mudanza de Saulo, tan barbaramente obs-
tinado, se descubre en este caso un gran misterio,
muy util para nuestra instruccion.

No me admira, Catolicos, que Jesu-Christo se
presente à Saulo, rodeado de todo el resplandor de
su gloria, para mudar à este lobo carnicero: lo que
parece que hace aqui el Señor por la conversion
de un hombre solo, lo hace tambien por la salud
de todo el universo, y por los intereses de la misma
fé; porque si detiene al perseguidor de los Christia-
nos, es para convertirle en Apostol de los Gentiles;
y de esta reflexion infero, que quiso el Señor llamar
à San Pablo à la fé, de un modo que pudiese servir-
le de prueba de las verdades, que havia de anun-
ciar à las Naciones, y que despues havian de servir
de regla para todos los siglos. Bien podia el Señor
llamarle à sí, sin abatir à tanto su grandeza, pero
convenia à su sabiduria darnos en él un milagro de
su vocacion, y una señal infalible de la verdad de su
palabra, y de la autoridad de su ministerio.

Tampoco me admira el que un pecador tan
obstinado, se mudase repentinamente en un humil-
de discipulo: es verdad que esta mudanza fue mi-
lagrosa, pero fue muy facil para la gracia, y muy
propia para sacar à los pecadores de sus desorde-
nes, y confirmar á los fieles en su creencia; porque
la conducta de un verdadero penitente, es un per-
fecto modelo de conversion: y si este gran Santo fue
en otro tiempo Apostol de los Gentiles para con-
vertirlos à la fé con el ministerio de su palabra, tam-
bien oy es Apostol de los Christianos, pues los per-
suade la penitencia con su exemplo.

To-

Todas estas reflexiones, reducidas à una sola idea, nos manifiestan los designios de Jesu-Christo para con San Pablo, y las lecciones que San Pablo dá à los Christianos: Jesu-Christo se propone establecer su Evangelio, por medio de una conversion tan maravillosa: San Pablo enseña à los Christianos, que deben gobernar su penitencia con arreglo à una conversion tan perfecta: y así, os haré ver en la conversion de este gran Apostol:

1. Un prodigio que establece la verdad de la Religion Christiana: 2. Un exemplo, que nos sirve de regla para la verdadera penitencia: lo admirable de este prodigio, debe confirmar nuestra fé, y servir de reforma à nuestras costumbres: probaré estas dos verdades con los mismos pasages de la sagrada historia.

Una de las mayores glorias de nuestro Santo, es haver sido escrita la historia de su conversion por mano del mismo Dios, y hallarse en el numero de nuestros misterios: quisiera tener los mas sublimes pensamientos, y el mas elevado estilo para poder hablar dignamente de un Santo, que ocupa puesto tan distinguido en la historia de la Religion, y à quien miro como mi especialisimo protector: pero aquella humildad profunda, que le hizo despreciar las frases elegantes de la humana sabiduría, por acomodarse à la utilidad de los fieles, me enseña, que si he de seguir su espiritu, debo cuidar mas de edificar vuestra piedad, que de ensalzar su grandeza: y así, para poderos persuadir con su exemplo, pidamos humildemente al Divino Espiritu, poniendo por intercesora à Maria, me comunique aquellas lu-

lucos, que en nuestro Santo Apostol fueron el principio de su divina eloquencia. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

NO hay prueba mas convincente de la Divinidad de Jesu-Christo, y de la verdad de su Religion, que el fin que se propuso de santificar el mundo, y el poder que manifestó en mudar los corazones. Los mismos Paganos, admirados de la equidad de sus preceptos, y de lo elevado de sus consejos, se vieron obligados à confesar, que era preciso que este incomparable Legislador conociese muy intimamente al hombre, pues les señalaba unas reglas tan prudentes; y nosotros podemos añadir, que era preciso que tuviese gran poder sobre el corazon del hombre, pues esperaba de él una virtud tan perfecta. Por mas que los hombres procurasen aparentar una perfeccion extraordinaria con la grandeza de sus pensamientos, ciegos con su vanidad, creyeron poder conseguir con solas las fuerzas de la naturaleza, lo que unicamente era don de Dios, y así, una vergonzosa experiencia les dió à conocer muy presto la extraordinaria vanidad, que los hizo imaginar unos preceptos, demasiado sublimes para un corazon tan flaco como el suyo: puede muy bien decirse, que fueron Philosophos en el deseo, pero no en la realidad, no habiendo sacado de su afectada sabiduria mas fruto, que el de haver hecho mas pecaminosos sus desordenes, por el conocimiento, que tuvieron del bien, y mas vana su sabiduria, por la flaqueza que tuvieron de hacerla servir al mal.

Solamente Jesu-Christo es quien tiene poder, para mudar, por medio de su gracia, à los hombres obstinados en sus pasiones, y ciegos en su error: la entera mudanza que sujeta nuestro espíritu à Dios por medio de la fé, que reprime nuestra soberbia con la humildad, que arregla nuestros sentidos por medio de la mortificacion, que purifica nuestro corazon con la caridad, que nos hace aborrecer lo que amamos, y amar lo que aborrecemos, todas estas acciones tienen visiblemente impresas en sí el dedo de Dios: porque solamente vos, ò Dios mio, podeis darnos aquella luz, que disipa nuestras tinieblas, aquella fuerza, que detiene nuestras inclinaciones, y aquel consuelo, que suaviza nuestras penas.

Pero en donde mas manifestó Jesu-Christo el absoluto poder que tiene sobre los corazones, fue en la conversion del grande Apostol San Pablo: para conocer sensiblemente en esta conversion la obra de un Dios Omnipotente, basta examinar las dos principales circunstancias, que se advierten en la Sagrada Historia: es à saber, el haver Jesu-Christo convertido un cruel perseguidor: *Spirans minarum & cædis*, y el haverle mudado en un zeloso Apostol: *Prædicabat Jesum*. Reparad, Señores, en los obstaculos, que havia para su conversion, y en la perfeccion de su mudanza: dos reflexiones de que me valdré para gloria de nuestra santa Religion.

1. El asunto era mudar uno de los mas crueles perseguidores, y consiguientemente uno de los mas enormes pecadores, como dice San Agustin: *Nemo acrior Pauli inter persecutores, nemo ergo prior in-*
ter

ter peccatores. ¿Quántas dificultades se presentan à un mismo tiempo? Primeramente, era necesario curar un espíritu preocupado à favor de su antigua Religion: ¿qué trabajo no cuesta desengañar à un hombre acerca de las preocupaciones de su educacion, y de las tradiciones de sus padres? Su razon se altera, y aun su conciencia se asusta, quando se trata de un interes tan delicado: mira la mudanza de Religion, como inconstancia, y la obstinacion en sus errores, como fidelidad: está muy distante de la Doctrina verdadera, porque la mira como falsa: desconfia, y aun casi se ofende de la caridad, que con él se usa para convertirle; y como ama el error, llevado de amor à la verdad, juzga por acto de religion el permanecer en el pecado.

Grande obstaculo este para una conversion, pero mucho mayor en la persona de San Pablo, cuya obstinacion parecia tener por fundamento la misma verdad: *Juxta veritatem paternæ traditionis*; nos dice él mismo: nosotros, Catolicos, podemos arguir contra los Hereges, alegandoles que profesamos una fé, que nos enseñaron nuestros padres, y que ellos se han separado de una Iglesia, cuya autoridad reconocieron en algun tiempo sus principales Maestros; pero San Pablo tenia à su favor la antigüedad: Israelita de nacimiento, è hijo de los Patriarchas, se hallaba miembro de un Pueblo, no solamente mas amado de Dios que los Gentiles, los que hasta entonces parece havian estado como abandonados, sino tambien mas antiguo que los Christianos, que entonces acababan de nacer: si peleaba contra un Dios Autor del Evangelio, era porque le
-102 Tom. I. N pa-

parecia defender los derechos de un Dios Autor de la Ley de Moyses: ¿pues cómo havia de ser facil de- sengañar à un hombre, que parece havia adquiri- do sus preocupaciones en las mismas Escrituras? ¿cómo se le havia de persuadir que aquel Moyses, à quien respetaba, y à quien efectivamente debia respetar, no era mas que un discipulo de Jesus, à quien perseguia? Ah, ¿no estamos viendo aun el dia de oy à los Judios, despues de haver cesado su culto, despues de una dispersion de diez y siete si- glos, despues de los maravillosos progresos del Chris- tianismo, con un fatal velo sobre sus corazones que los ciega, y los mantiene en su infeliz estado, rebel- des à la Divina luz? Si se tratára aqui de un hombre regular, contento con creer lo que creyeron sus pa- dres, y sin mas merito que el de una fidelidad ordi- naria, no seria tan dificil reducirle; pero se trata de un hombre consumado en la ciencia de la ley, que ha sobresalido entre todos los de su edad en la car- rera de sus estudios, y que por su zelo ha mereci- do ocupar el primer lugar entre los Phariseos, asi como éstos le ocupaban entre todos los demás de su Nacion: *Proficiebam in Judaismo supra cœtaneos meos in genere meo*, nos dice el mismo Apostol.

La preocupacion, pues, Catolicos, es muy pe- ligrosa, porque es causa de que el hombre se ciegue de buena fé, pero aún es mucho mas la vanidad, porque le hace que se obstine por interes: todos gustamos de hacer un papel distinguido en el mun- do; mas queremos ser señalados entre los malos, que quedarnos confundidos en el numero de los buenos: no es menos inflexible el entendimiento po-
89

seído de la sobervia, que el corazón dominado de las pasiones: nada lisongea tanto à nuestra vanidad, como el gusto de ser mirado un hombre como Ora- culo, gefe, defensor, y heroe de una Secta: de aqui proviene, que cierra los ojos à la luz, abando- na todos los principios, desprecia la autoridad, y defiende una causa injusta, por mantener su reputa- cion: quando no le alcanzan las razones para defen- derse, recurre à los ardides; si conoce la verdad, solo le sirve este conocimiento de irritarse mas; en una palabra, mira como honor el mantenerse firme en el combate, quando no sea por tener la gloria de quedar vencedor, à lo menos por escusarse la afrenta de parecer vencido.

Estas eran las disposiciones de Saulo, pues vemos que la vanidad de su ciencia le precipitó en los mayores excesos de furor: ¿podré yo, Catolicos, poner delante de vuestra vista una Scena tan tragi- ca? Pero porque me he de detener, quando nos la refiere San Lucas, para manifestarnos por una parte los excesos de un Judio obstinado, y por otra la grandeza de la misericordia de Jesu-Christo: ved, pues, aqui un hombre, que intenta hacerse famoso por sus crueldades, y muertes: ya havia apedreado à nuestro Protomartyr por mano de aquellos, cuyos vestidos guardaba; pero ni la caridad de Estevan pudo moverle, ni su muerte bastó para que queda- se satisfecho. El barbaro Saulo se declara como otro Pharaon contra todos los nuevos Israelitas: pone to- do su cuidado en buscarlos, y no tiene mayor gusto que destruirlos; y despues de haverlos obligado à separarse con una vergonzosa huida, vá desde Je-
100

rusalem à Damasco, para acabarlos de exterminar con una ruidosa venganza: *Ut si quos invenisset hujus viæ viros, ac mulieres, vinctos perduceret in Jerusalem.*

Pero no lo he dicho todo: aunque sea muy difícil de vencer en él la preocupacion, la vanidad, y el furor, lo que parece que hace mas invencible su obstinacion es la autoridad con que confirma sus excesos: porque Saulo no se entrega sin reflexion al impetu de un zelo ciego, ni se dexa precisamente llevar del ardor de su genio, sino que como repara San Juan Chrysostomo, procedè con orden, y con arreglo. Si exerce un ministerio tan odioso contra los Christianos, es porque tiene à su favor la autoridad mas sagrada entre los Judios, por haver conseguido facultad del Principe de los Sacerdotes, para poner en execucion su crueldad en nombre de los Gefes de la Synagoga: *Accessit ad Principem Sacerdotum, & petit ab eo epistolas in Damascum.* Es verdad que aquella Synagoga ya era infiel, y que havia perdido su autoridad, porque Dios no la havia concedido la misma estabilidad, que Jesu-Christo prometió à su Iglesia; pero no obstante su infidelidad, y decadencia todavia se mantenía en honor; y aunque ya era despreciable el Santuario de los Judios, con todo eso todavia no havia sido destruido su Templo, ni estaba del todo abolido su culto.

¿Pues cómo podremos menos de conocer, Catolicos, el brazo poderoso de Dios, en la conversion de este enemigo declarado del Christianismo? Si Saulo fuera un pecador, que se huviera infamado
con

con la vileza de algun vicio, pudieramos sospechar que en el mismo horror de sus delitos havia hallado algun motivo para el arrepentimiento; pero quando contemplo que solamente es pecador, porque hace vanidad de su ciencia, de su religion, y de su rectitud; que procura justificarse con todos los hombres, alegando su buena intencion; que sus funestos sucesos son universalmente aplaudidos; que mira su furor como zelo, y sus violencias como justicia; quando contemplo, vuelvo à decir, que se trata de su conversion, al mismo tiempo que está respirando sangre, y venganza: *Adbuc spirans minarum, & cædis.* No puedo menos de decir, que semejante obstinacion es invencible por su naturaleza, y consiguiientemente que su conversion solo es posible à la gracia, la que obró esta, venciendo à Saulo, de un modo eficacisimo, y es una prueba evidente del Evangelio, que nos predicó Pablo.

¿Qué podreis decir ahora vosotros, los que os preciais de vivir sin fé, sin rectitud, y sin conciencia, y que despues de haver afrentado al Christianismo con vuestros desordenes, no temeis impugnarle con blasfemias? ¿Pondréis acaso esta célebre conversion en el numero de las historias fabulosas? ¿Pero cómo os haveis de atrever à dudar de un hecho autorizado con la unanime creencia de diez y siete siglos, y que en el tiempo que sucedió, ninguno de nuestros enemigos se atrevió à ponerle en duda? Tanto los Judios, como los Christianos conocieron à Saulo, quando intentaba destruir el Christianismo, y tambien le conocieron despues que le abrazó: su mudanza no fue de menos escandalo pa-

ra los unos, que de consuelo para los otros, sin que jamás huviese quien dudase del suceso: los mismos Paganos, indiferentes en este asunto, ò que solamente tuvieron parte en él, por ser tambien ellos perseguidores de nuestra Santa Religion, los Paganos, vuelvo à repetir, no menos enemigos nuestros, que los Judios, nunca calumniaron de impostor al Historiador Sagrado que citaba los motivos, de que podian informarse, y testigos à quienes podian preguntar: en todas nuestras Sagradas Historias, no disimulan sus Autores, nada de quanto fueron los Apostoles antes de su conversion, antes bien nos dicen con la mayor sinceridad, quanto sucedió, tanto en contra, como à favor de nuestra Santa Religion: el mismo San Pablo nos saca de toda duda, pues confiesa él mismo su delito en presencia de todo el universo, sin detenerse en hacer una confesion, que tanto le desacreditaba, una confesion que parece daba motivo à sus mas crueles enemigos, para poderle acusar de inconstancia, y perfidia: *Supra modum persequer Ecclesiam Dei.*

Supuesto, pues, que la mudanza de Saulo es indubitable, tambien lo es el milagro que ocasionó esta mudanza: y no obstante vuestra presumpcion, y vuestra temeridad en tratarnos de espiritus credulos, yo confieso públicamente, que Jesu-Christo se apareció à Saulo, pues una conversion tan extraordinaria sería mas increíble sin un gran milagro, que lo que es el mayor milagro despues de una conversion tan difícil: y si no decidme, ¿à qué podeis atribuir la mudanza de San Pablo? ¿acaso al interes, ò à el amor à la vanagloria? Es imposi-

sible, porque ¿cómo havia de hallar estas falsas utilidades, dexando de ser perseguidor, para padecer con los perseguidos? ¿à la inconstancia? ¿pero quién podrá formar tal sospecha contra un hombre, que despues se mantuvo tan firme en el Christianismo. ¿Al engaño? ¿pero cómo havia de ser facil ganar con discursos à un hombre, educado en unas preocupaciones tan contrarias, animado de un zelo tan cruel, que no queria disputar sino con la espada, y que se disponia à dar la señal de una horrible persecucion contra la Iglesia? Ah! vuestra obstinacion se convierte en prueba contra vosotros mismos: y si no decidme, vosotros los que haveis renunciado vuestra fé, no obstante los principios de vuestra educacion, el exemplo de todo el universo, y toda la gloria de nuestra Religion, ¿cómo podeis decir, que San Pablo abrazó con ligereza el Christianismo, no obstante sus preocupaciones, siendo asi que vosotros le abandonais, no obstante las vuestras? Quantas respuestas podais alegar, son inútiles; y se infiere facilmente el trabajo, que costaria reducir à Saulo à la fé, por el que cuesta el reduciros à vosotros à la verdad: y asi, lexos de dudar del milagro, que ilustró à este gran Santo, me admiro solamente de la infidelidad, que os ciega à vosotros: porque, como dice San Agustin, el que se niega à creer despues que ha creído todo el mundo, es un prodigio aun mas extraordinario, que los mismos prodigios que él reusa creer: por lo que si San Pablo es un prodigio por su conversion, vosotros tambien lo sois por vuestra impiedad; pero un prodigio monstruoso, formado por la soberbia, por el li-

bertinaje, por la injusticia, y aun acaso por todos estos vicios juntos.

○ Pero vosotros, amados oyentes míos, vosotros cuyo espíritu, y cuyo corazón son igualmente Christianos: Ah! no dudo que hayais reconocido en la conversión de Saulo el poder de la gracia de Jesu-Christo; y para mayor consuelo de vuestra fé, sabed, que este cruel perseguidor se mudó inmediatamente en un zeloso Apostol, *Prædicabat Jesum*: segunda circunstancia que nos manifiesta lo perfecto de su mudanza, y que nos dá motivo para otras muchas reflexiones: reparad, Catolicos, en que no hay intervalo alguno de tiempo entre su estado de furor, y su conversión à la fé: es verdad que vá à Damasco, para perseguir à los Christianos; pero inmediatamente que llega à aquella Ciudad, se halla él mismo Christiano, y Christiano, que lleno de fervor, y zelo, pública en todas partes la divinidad de una cabeza, cuyos miembros quiso despedazar con la mayor crueldad: *Et continuo*, dice el Sagrado Historiador: *In Sinagogis prædicabat Jesum, quoniam hic est Filius Dei*. Reparad también, en que no fue menos constante en su conversión, de lo que havia sido en su ceguedad, mientras se mantuvo obstinado: algunas veces vemos en semejantes conversiones, que no se manifiesta desde luego la firmeza de la fé, y que la perseverancia parece dudosa: la inconstancia natural del hombre le hace muchas veces experimentar algunas tristezas, acordándose del partido que ha abandonado, y halla dificultades en el que abraza de nuevo: siente verse aborrecido de sus antiguos amigos, y se hace sospecho-

so,

so à los nuevos: le asustan igualmente la vergüenza de haver mudado, y el temor de engañarse en su elección; y como el recién convertido veía, aunque de lejos, los rayos de la verdad, quando estaba sepultado en el error, también padece las tentaciones del error, despues que ha conocido la verdad.

○ Pero no sucedió así con nuestro Proselito, pues cada día se fortificaba mas, y mas: su mudanza excita desde luego una gran confusión entre los suyos: armanse contra su persona del mismo furor de que él estaba animado contra los Christianos; todos le apellidan Apostata; prevée los proyectos de su desesperacion, y el peligro à que está expuesta su vida; pero el viento de la persecucion solo sirve de inflamar mas el fuego de su zelo, y se halla de repente, no solo Christiano perfecto, sino también Apostol consumado: *Saulus autem multo magis convalescebat*.

○ Pero para mejor conocer lo divino de esta mudanza tan pronta, y tan constante, es necesario examinar el tiempo en que sucedió, y ver cuál era entonces la disposición, en que se hallaban los Judios para con Jesu-Christo: en un siglo como el nuestro, acaso un pecador de estas circunstancias hallaria en la gloria, y grandeza de la Cruz algunos motivos para su conversión; pero en tiempo de Saulo no tenia la Cruz la gloria, y resplandor de que oy goza, pues en la idea del público no era mas que un suplicio ignominioso, escandalo entre los Judios, y locura entre los Gentiles: *Judæis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam*, que dice el mismo San Pablo: era preciso

Tom. I.

O

per-

persuadir à Saulo, que el corto numero de Christianos que entonces havia, no erraba en reconocer por su Dios à un hombre que acababa de ser castigado como impostor, y que por el contrario, él, y los demás Judios havian cometido el mas horrible pecado, castigando como impostor à un hombre que era verdadero Dios. Poneos, Catholicos, en el estado de Saulo, y ved qué dificultad no havia en hacerle pasar repentinamente, desde una oposicion tan grande à Jesu-Christo, à tan grande zelo de su gloria: pues con todo eso, mirad como Saulo se separa del cuerpo de los Judios, y se transforma en discipulo, y Apostol de Jesu-Christo: *Et continuò prædicabat Jesum.*

¿Es este acaso aquel cruel Fariseo, que con tanta crueldad perseguia à los que se atrevian à invocar el santo nombre de Jesus? Sin duda es ese mismo, y vosotros lo confesais, ò perfidos Judios, vosotros, que aunque le admirasteis, no por eso os convertisteis, y que despues de tan admirable conversion, permanecis incredulos, para dar à esta misma conversion un testimonio invencible con vuestra propia incredulidad: *Stupebant autem omnes, & dicebant, nonne est hic, &c.*

Esto supuesto, no nos debe causar admiracion, que añada el Sagrado Historiador, que este nuevo Doctor confundia à los Judios: *Confundebat Judeos;* porque ¿qué prueba puede haver mayor contra la Synagoga, que el testimonio de un hombre, que fue el mas zeloso de todos sus partidarios? ¿Quién podrá poner en duda, que Saulo fue iluminado por una luz celestial? ¿Quién podrá dudar que su nuevo

zelo era sobrenatural, pues estaba animado de tan extraordinario fervor? Oh, vosotros, mundanos, que me estais oyendo, juzgad de vosotros mismos, por vuestra oposicion à las maximas del Evangelio, y por vuestra indiferencia en mirar por los intereses de Jesu-Christo: me atrevo à decir, que asi como la obstinacion de los incredulos sirve para darnos à conocer la divina mano que obró la pronta conversion de San Pablo, la relajacion de los Christianos, sirve tambien para darnos à conocer el admirable fervor con que procedió en los principios de su conversion.

Vosotros, Catholicos, no obstante haver sido educados en la escuela de Jesu-Christo, estais imbuidos de unas ideas profanas; y aunque confesais su divinidad, no temeis de revelarós contra sus leyes; parece que el Señor no tiene derecho alguno sobre vuestras costumbres: vivís olvidados de sus sagradas maximas, ò las despreciais: no formais escrupulo de hacer que éstas cedan à las costumbres del mundo corrompido: apenas hay quien se atreva à pronunciar en vuestra presencia los nombres de penitencia, desprecio, mortificacion, y humildad. Si se os encarga la practica de estas virtudes en el tribunal de la Penitencia, decís que es indiscrecion: si os manifestamos desde los sagrados Pulpitos la obligacion que teneis de exercitaros en ellas, decís que es hyperbole: oís nuestra doctrina, pero no os sujetais à ella, como si solamente hablaramos para engañaros: vuestros corazones se hallan dominados de la ambicion, del deleyte, de la codicia, y de todos los vicios que condenan los Evangelicos